América latina: ¿hacia el socialismo del siglo XXI?[1]

Claudio Katz[2].

in F Gaudichaud (dir.), *El Volcán latino-americano. Izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo en América Latina* (Textuel, Paris, 2008 – versión en español por parecer)

América Latina se ha convertido en un escenario privilegiado para discutir el socialismo. La región es el principal foco de resistencia internacional al imperialismo y al neoliberalismo y varias sublevaciones condujeron en los últimos años a la caída de presidentes neoliberales (Bolivia, Ecuador y Argentina). Estas acciones afianzaron la contundente presencia de los movimientos sociales.

En un cuadro de luchas -que incluye reveses o represión (Perú, Colombia) y también reflujo o decepción (Brasil, Uruguay)- nuevos contingentes se han sumado a la protesta. Estos sectores aportan un renovado basamento juvenil (Chile) y modalidades muy combativas de autoorganización (México). Como el socialismo ofrece un propósito estratégico para estas movilizaciones, su debate ha recuperando importancia en muchas organizaciones populares.

MOTIVACIONES

El socialismo comienza a lograr cierta presencia callejera en Venezuela. Esta difusión confirma una proximidad ideológica del proceso bolivariano con la izquierda, que estuvo ausente en otras experiencias nacionalistas. En la época de la Unión Soviética, algunos mandatarios del Tercer Mundo adoptaban la identidad socialista con fines geopolíticos (contrarrestar las presiones norteamericanas) o económicos (obtener subvenciones del gigante ruso). Como este interés ha desaparecido, el rescate actual de un horizonte anticapitalista tiene connotaciones más genuinas.

El socialismo del siglo XXI se discute también en Bolivia y está presente en Cuba, al cabo de 45 años de embargos y agresiones imperialistas. Si el desmoronamiento que arrasó a los regímenes de la URSS y a Europa Oriental se hubiera extendido a la isla, nadie postularía actualmente un planteo no capitalista para América Latina. El impacto político de esa regresión hubiera sido devastador.

El socialismo es una bandera retomada frente los presidentes de centroizquierda, que abandonaron cualquier alusión al tema para congraciarse con las clases dominantes. Bachelet ni recuerda el nombre de su partido cuándo preside la Concertación que recicla el modelo neoliberal. Lula se ha olvidado su coqueteo juvenil con el socialismo al estrechar relaciones con los banqueros y Tabaré Vázquez repite esta misma conducta cuándo tantea los acuerdos de libre comercio con Estados Unidos.

En América Latina se insinúa un nuevo contexto económico que favorece el replanteo de alternativas socialistas. Luego de un traumático período de concurrencia extra-regional, desnacionalización del aparato productivo y pérdida de competitividad internacional, en varios sectores de las clases dominantes despunta un giro neo-desarrollista en desmedro de la ortodoxia neoliberal. Este viraje tiene un alcance muy limitado, pero introduce serias grietas en los dogmas económicos de la década pasada. Se está creando un nuevo espacio para considerar alternativas populares que incluyan perspectivas no capitalistas.

En la región se verifica, además, una creciente tendencia a concebir programas nacionales en términos regionales. Muchos agrupamientos populares perciben la necesidad de formular sus reivindicaciones a escala zonal y esta postura contribuye a desenvolver reformulaciones zonales del socialismo. Esta contraposición se verifica en los tres proyectos de integración en danza, que apuntan a relanzar el neoliberalismo (ALCA), regular el capitalismo regional (MERCOSUR) o gestar formas de cooperación solidaria que podrían resultar compatibles con el socialismo (ALBA).

---

[1] Este texto constituye una versión reducida de los artículos "Estrategias socialistas en América Latina" y "Socialismo o Neo-desarrollismo", que se pueden consultar -junto a toda la bibliografía y las referencias- en Rebelión, La Haine, Aporrea.

[2]Economista, Profesor de la UBA, investigador del Conicet, miembro del EDI (Economistas de Izquierda). Su página web es: www.lahaine.org/katz

El contexto latinoamericano actual incita, por lo tanto, a retomar los programas anticapitalistas en varios terrenos y este impulso ya se traduce en numerosas polémicas.

RECURSOS

Un debate retoma la controversia clásica sobre la viabilidad de una transformación anticapitalista, en una región periférica como Latinoamérica. ¿Son suficientes los recursos, las tecnologías y las calificaciones existentes para inaugurar este giro?

Los países de la región están menos preparados- pero más urgidos que las naciones desarrolladas- para encarar este cambio. Soportan desastres alimenticios, educativos y sanitarios más intensos que las economías avanzadas, pero cuentan con premisas materiales más endebles para resolver estos problemas. Esta contradicción es consecuencia del atraso agrario, la industrialización fragmentaria y la dependencia financiera de la zona.

En la izquierda existen dos respuestas tradicionales frente a esta disyuntiva: promover una etapa de capitalismo en alianza actual con el neo-desarrollismo o iniciar una transición socialista adaptada a las insuficiencias regionales. La primera tesis estima que en la región "no existen condiciones para una sociedad socialista". Pero no aclara si estas insuficiencias se verifican en el plano económico, tecnológico, cultural o educativo.

América Latina es una región dependiente, pero cuenta con sólidos recursos para comenzar un proceso socialista. Estos cimientos son comprobables en distintos terrenos: tierras fértiles, yacimientos minerales, cuencas hídricas, riquezas energéticas, basamentos industriales. El gran problema de la zona es el desaprovechamiento de estas potencialidades. No hay carencia de ahorro local, sino exceso de transferencias hacia las economías centrales. El principal drama latinoamericano no es la pobreza, sino la escandalosa desigualdad social que el capitalismo recrea en todos los países.

La hipótesis de la inmadurez económica está desmentida por la coyuntura actual, que ha creado un gran dilema en torno a quién se beneficiará del crecimiento en curso. Los neo-desarrollistas buscan canalizar esta mejora a favor de los industriales y los neoliberales tratan de preservar las ventajas de los bancos. En oposición a ambas opciones, los socialistas deberían propugnar una redistribución radical de la riqueza, que mejore inmediatamente el nivel de vida de los oprimidos y erradique la primacía de la rentabilidad. Los recursos están disponibles. Hay un amplio margen para instrumentar programas populares y no solo condiciones para implementar cursos capitalistas.

Es cierto que el marco objetivo que rodea a los distintos países es muy desigual. Las ventajas que acumulan las economías medianas no son compartidas por las naciones más pequeñas y empobrecidas. La situación de Venezuela difiere de Bolivia y Brasil no carga con las restricciones que agobian a Nicaragua. Pero ha perdido vigencia la evaluación de un cambio socialista en términos exclusivamente nacionales.

Si las clases dominantes conciben sus estrategias a nivel zonal, también cabe imaginar un proyecto popular a escala regional. Los opresores diagraman su horizonte en función de la tasa de beneficio y los socialistas podrían formular su opción en términos de cooperación y complementariedad económica.

No existe ninguna limitación objetiva para desenvolver este curso igualitarista. Es un error suponer que la región deberá atravesar por las mismas etapas del desarrollo que recorrieron los países centrales. La historia siempre ha transitado por senderos inesperados que mixturan diversas temporalidades y este patrón tiende a perdurar.

OPORTUNIDADES

Otro debate gira en torno a la conveniencia de promover un curso anticapitalista en la coyuntura actual. América Latina transita por una fase de crecimiento y auge de las exportaciones y algunos autores estiman que en estas condiciones, no se avizora ningún colapso que justifique la transformación socialista.

Pero este proyecto difiere radicalmente del keynesianismo y no se limita a ofrecer un programa circunstancial para remontar los ciclos recesivos. El socialismo aspira a superar la explotación y la desigualdad, busca desterrar la pobreza y el desempleo, pretende erradicar los desastres ambientales, poner fin a las pesadillas bélicas y terminar con los cataclismos financieros. Estos objetivos justifican la batalla por otro régimen social en distintas coyunturas económicas. Las situaciones de colapso no constituyen el único momento apto para erradicar el sistema. El giro anticapitalista es una opción abierta para toda una época y puede iniciarse en cualquier fase del ciclo. La experiencia del siglo XX confirma esta factibilidad.

Ninguna revolución socialista coincidió en el pasado con el cenit de una crisis económica. En la mayoría de los casos irrumpió como consecuencia de la guerra, la ocupación colonial o la opresión dictatorial. Se demostró que ningún automatismo encadena el debut del socialismo con el desmoronamiento económico. Las penurias que genera el capitalismo son suficientes para propugnar la reversión de este modo de producción, en cualquier fase de sus fluctuaciones periódicas.

Otra objeción resalta los impedimentos creados por la globalización. Plantea que la internacionalización del capital torna impracticable un desafío anticapitalista en América Latina. ¿Pero dónde radica exactamente ese obstáculo?

La mundialización no constituye una barrera para un proyecto de alcance universal como es el socialismo. El desborde de las fronteras extiende los desequilibrios del capitalismo y crea mayores basamentos objetivos para erradicar ese sistema. La presentación de la globalización como una etapa que imposibilita modelos alternativos es tributaria de la visión neoliberal. Si se descarta el socialismo recurriendo a este razonamiento hay que desechar cualquier esquema de capitalismo keynesiano. Es incongruente afirmar que el totalitarismo de la globalización ha sepultado al proyecto anticapitalista, pero tolera modalidades intervencionistas de acumulación. Si se han cerrado todas las opciones, tampoco quedan resquicios para los ensayos neo-desarrollistas.

En realidad la denominada globalización no constituye el fin de la historia. Solo inauguró un nuevo período de acumulación, basado en la recomposición de las ganancias a costa de los oprimidos y en transferencias de grandes desequilibrios internacionales a las economías más frágiles. Pero este curso regresivo lejos de alejar el horizonte socialista actualiza la necesidad de gestar esta opción.

COMIENZOS

En debate en curso no incluye la instauración plena del socialismo, ya que solo se discute el debut de ese proyecto. Construir una sociedad de igualdad, justicia y bienestar será una prolongada tarea histórica, que requerirá eliminar progresivamente las normas de la competencia, la explotación y el beneficio. No es una meta a realizar en poco tiempo.

Especialmente en las regiones periféricas este proceso presupondrá la maduración de ciertas premisas económicas, que permitan mejorar cualitativamente el nivel de vida de la población. Estos logros se desarrollarán junto a la expansión de la propiedad pública y la consolidación de la auto-administración popular. Como esta evolución exigirá varias generaciones, el debate inmediato está únicamente referido a la posibilidad de iniciar este proceso.

Comenzar la erección del socialismo implicaría sustituir la preeminencia de un régimen sujeto a las reglas del beneficio por otro regulado por la satisfacción de las necesidades sociales. Desde el momento que un modelo económico y político -guiado por la voluntad mayoritaria de la población- asuma estas características, empezaría a regir una forma embrionaria de socialismo.

Este debut es la condición para cualquier avance posterior. Una sociedad post-capitalista no emergerá nunca, si el giro socialista no se concreta en algún momento del presente. Los opresivos mecanismos de la ganancia y la concurrencia deben quedar drásticamente neutralizados, para que una nueva forma de civilización humana comience a despuntar.

El punto de partida de esta transición choca abiertamente con el modelo neo-desarrollista. Ambas perspectivas son contrarias y no pueden conciliarse, ni desenvolverse en forma simultánea. La competencia por el beneficio impide la gestación paulatina de islotes colectivistas al interior del capitalismo. Los dos proyectos de sociedad tampoco podrían convivir pacíficamente entre sí, hasta que uno demostrara mayor eficiencia y aprobación general. Solo erradicando el capitalismo podrán abrirse las puertas hacia una emancipación social ¿Pero existen condiciones políticas en América Latina para desenvolver este proceso?

CARACTERIZACIONES

La preeminencia de relaciones de fuerza favorables a los oprimidos es una condición del cambio socialista. La mayoría popular no puede prevalecer sobre sus antagonistas si afronta un balance de poder muy negativo. Este parámetro está determinado en América Latina por las posiciones de tres sectores: las clases capitalistas locales, la masa de oprimidos y el imperialismo norteamericano.

La situación de las clases dominantes se ha modificado sustancialmente en comparación a la década pasada. Como resultado de las grandes crisis financieras, este sector perdió posiciones económicas y autoridad

política. Por esta razón, la derecha ha quedado en minoría y los gobiernos centroizquierdistas reemplazaron a muchos conservadores en el manejo del estado (especialmente en el Cono Sur). Las elites capitalistas ya no fijan impunemente la agenda de toda la región.

La relación de fuerzas regional también ha sido modificada por grandes sublevaciones populares, que en precipitaron la caída de varios mandatarios. Los levantamientos en Bolivia, Ecuador, Argentina o Venezuela han repercutido directamente sobre el conjunto de las clases dominantes. Desafiaron la agresividad patronal e impusieron en muchos países cierta contemporización con las masas.

El impulso combativo es muy desigual. En ciertas naciones es visible el protagonismo popular, en otras prevalece un reflujo y en ciertas zonas gravitan negativamente los atropellos sociales o la hemorragia de emigrantes. La correlación de fuerzas es muy variada, pero en el conjunto de América Latina se afirma una tónica general de iniciativas populares.

Al comienzo de los 90 el imperialismo norteamericano estaba lanzado a la recolonización política de su patio trasero a través del librecomercio y la instalación de bases militares. También este panorama cambió. La versión original del ALCA fracasó por conflictos entre firmas globalizadas y dependientes de los mercados internos, por choques entre exportadores e industriales y por el extendido rechazo popular. La contraofensiva de tratados bilaterales que ha lanzado el Departamento de Estado no compensa este retroceso.

El aislamiento internacional de Bush (retroceso electoral, fracaso en Irak, pérdida de aliados en Europa) le ha quitado espacio al unilateralismo e incentivó el resurgimiento de bloques geopolíticos adversos a Estados Unidos (como los No Alineados). Este repliegue norteamericano se refleja nítidamente en la ausencia de respuestas militares al desafío de Venezuela.

La correlación de fuerzas ha registrado, por lo tanto, varios cambios significativos en América Latina. Las clases dominantes ya no cuentan con la brújula estratégica neoliberal, el movimiento popular recuperó presencia callejera y el imperialismo norteamericano perdió capacidad de intervención.

ACTORES

Los sujetos de una transformación socialista son las víctimas de la dominación, pero los protagonistas específicos de este proceso son muy diversos. En algunas regiones las comunidades indígenas han ocupado un lugar dirigente en la resistencia (Ecuador, Bolivia, México) y en otras zonas los campesinos lideraron la resistencia (Brasil, Perú, Paraguay). En ciertos países los protagonistas han sido asalariados urbanos (Argentina, Uruguay) o precarizados (Venezuela, Caribe, Centroamérica). También es llamativo el nuevo rol de las comunidades indígenas y el papel menos gravitante de los sindicatos fabriles.

Esta multiplicidad de sectores refleja la estructura social diferenciada y las peculiaridades políticas de cada país. Los actores potenciales de un proceso socialista son todos los explotados y oprimidos. Este rol les cabe este rol no solo a los asalariados que generan directamente el beneficio patronal, sino a todos los afectados por la desigualdad social. Lo esencial es la convergencia de estos sectores en una batalla común, que se desenvuelve en torno a focos muy cambiantes de rebeldía. La victoria depende de esta acción contra un enemigo que domina dividiendo al campo popular.

Pero la erradicación del capitalismo es un proyecto dependiente no solo de la acción de los oprimidos, sino también de su nivel de conciencia. Sólo estas convicciones pueden alimentar un proceso anticapitalista, ya que no existe ningún devenir inevitable de la historia hacia un desemboque socialista. Este sistema emergerá como una creación voluntaria de las grandes mayorías o no surgirá nunca. Lo ocurrido bajo el “socialismo real” ilustra cuán nefasto es sustituir la decisión popular por el paternalismo de los funcionarios.

Pero la conciencia de los oprimidos es una esfera sujeta a fuertes mutaciones, condicionada por la experiencia de lucha e influida por el impacto de grandes acontecimientos internacionales. Estos hitos se traducen en oleadas de entusiasmo y decepción hacia el proyecto anticapitalista. La actual generación latinoamericana no creció como sus padres bajo un contexto signado por grandes triunfos. Esta ausencia de un referente anticapitalista exitoso -próximo a sus vivencias inmediatas- explica cierto distanciamiento hacia el proyecto socialista.

Las grandes diferencias entre el período actual y la etapa de 1960-80 se ubican más en este plano de la conciencia política, que en el terreno de las relaciones de fuerza o en el cambio de los sujetos populares. No es la intensidad de los conflictos sociales, la disposición de lucha de los oprimidos o la capacidad de control de los opresores lo que ha cambiado sustancialmente, sino la visibilidad y confianza en un modelo socialista.

El derrumbe de la URSS provocó una crisis de credibilidad internacional en ese proyecto que incidió significativamente sobre la acción de la izquierda. América Latina no fue la excepción de este impacto, pero

su alcance efectivo ha sido más limitado en la región. La izquierda latinoamericana ya había tomado gran distancia del modelo soviético antes del colapso del "campo socialista" y su desánimo obedeció más a la herencia dejada por las dictaduras, al fracaso del Sandinismo o el bloqueo sufrido por la insurgencia centroamericana. En este plano también operó como contrapeso la subsistencia de la revolución cubana.

En cualquier caso el clima de decepción ha quedado paulatinamente sustituido por un impulso a reconstruir el programa emancipatorio. El avance de la conciencia antiliberal se comprueba en el contundente rechazo a las privatizaciones y desregulaciones (muy superior al observado en otras regiones, como Europa Oriental). También se verifica el renacimiento de una conciencia antiimperialista sin los componentes regresivos en el plano étnico o religioso que prevalecen en el mundo árabe. Pero el nexo anticapitalista es el gran eslabón faltante, que debería construirse en el debate sobre el socialismo del siglo XXI.

CONTEXTOS

La izquierda latinoamericana enfrenta un problema estratégico relativamente novedoso: la estabilización de regímenes constitucionales. Por primera vez en la historia de la región las clases dominantes gestionan sus gobiernos a través de instituciones no dictatoriales, en casi todos los países y al cabo de un período significativo. Ni siquiera los colapsos económicos, los desmoronamientos políticos o las insurrecciones populares modificaron este patrón.

El retorno de los militares es una carta mayoritariamente desechada por las elites del hemisferio. En las situaciones más críticas los presidentes son reemplazados por otros mandatarios con algún interregno cívico-militar. Lo que está por ahora descartado es la reinstalación de dictaduras para lidiar con la disgregación por arriba o la rebelión por abajo.

Los regimenes actuales no son democracias reales sino plutocracias al servicio de los capitalistas. Las instituciones de este sistema han servido para consumar atropellos sociales que muchas dictaduras ni siquiera se atrevieron a insinuar. Estas agresiones le quitaron legitimidad al sistema, pero no condujeron a un rechazo popular al régimen constitucional equivalente al padecido por las viejas tiranías.

Este cambio en la norma en la dominación burguesa tiene efectos contradictorios sobre la acción de la izquierda. Por un lado amplía las posibilidades de acción política en un contexto de libertades públicas. Por otra parte, crea todas las dificultades asociadas a la estabilización de parlamentos, partidos e instituciones que perpetúan el status quo. Un sistema que recorta y al mismo tiempo consolida el poder de los opresores representa un gran desafío para los socialistas, especialmente cuando este régimen es mayoritariamente percibido como el mecanismo natural de funcionamiento de cualquier sociedad moderna.

Esta última creencia es fomentada por la derecha –que ha captado la conveniencia de desenvolver su acción política dentro del contexto constitucional- y por la centro-izquierda, que preserva el régimen de opresión con mascaradas progresistas. Ambas vertientes fogonean falsas polarizaciones electorales, para presentar la simple alternancia de figuras en el manejo del poder como un cambio significativo.

El ejemplo actual de esta complementariedad es la "izquierda moderna y civilizada" que llegó al gobierno con Lula, Tabaré o Bachelet, para perpetuar la supremacía de los capitalistas. Pero otras situaciones son más problemáticas porque se quebró la continuidad institucional con el fraude (Calderón) o la dimisión presidencial (Bolivia, Ecuador, Argentina).

En ciertos desenlaces estas convulsiones concluyeron con la reconstrucción del orden burgués (Kirchner), pero en otros países las crisis desembocaron en el imprevisto acceso al gobierno de presidentes nacionalistas o reformistas, que son rechazados por el establishment. Es el caso de Chávez, Morales y Correa.

En estos últimos procesos el terreno electoral se ha perfilado como un área de lucha contra la reacción y un punto de apoyo para encarar transformaciones radicales. Esta conclusión es vital para la izquierda. Especialmente en Venezuela se ha verificado como los comicios constituyen un campo para legitimar el proceso bolivariano y potenciar la derrota propinada a la derecha en las calles. En la esfera electoral se complementaron las victorias de la movilización.

El cuadro constitucional prevaleciente en Latinoamérica altera significativamente el marco de acción de la izquierda, que durante décadas se acostumbró a confrontar con un enemigo dictatorial. La batalla dentro del nuevo contexto no es sencilla, desde el momento que el institucionalismo funciona con simulaciones permanentes para reproducir el orden vigente. Por eso se impone combinar la acción directa con la participación electoral. Por esta vía se compatibilizan los tiempos de surgimiento del poder popular -que requiere todo proceso revolucionario- con la maduración de la conciencia socialista, que en cierta medida se procesa a través de la arena constitucional.

Este camino incluye el logro de conquistas que permitan reforzar las posiciones de los trabajadores, afianzar su gravitación política y fortalecer su presencia organizativa. Pero estas reformas no se acumulan, ni son irreversibles. Tarde o temprano su consolidación (o profundización) choca con la regla del beneficio y obliga a respuestas populares contundentes para defender lo obtenido.

Quiénes convocan a "resolver primero los problemas inmediatos" para "discutir posteriormente el socialismo" desconocen esta conexión y además olvidan, que este futuro sería innecesario si el capitalismo pudiera satisfacer estructuralmente las necesidades perentorias. Las reformas son conquistas necesarias para preparar un giro anticapitalista, pero la revolución es un paso indispensable para asegurar el alcance efectivo de estos logros. Registrar esta complementariedad es importante para superar la esquemática separación entre períodos conservadores (exclusivamente propicios para mejoras mínimas) y etapas convulsivas (que solo permiten respuestas revolucionarias). La estrategia socialista exige amalgamar iniciativas de reforma con un explícito horizonte revolucionario.

COMPLEMENTARIEDADES

La conciencia popular se traduce en organización, ya que sin organismos propios los explotados no pueden gestar otro proyecto de sociedad. Las dos modalidades de organización popular contemporánea son los movimientos y los partidos. Ambas opciones cumplen un papel esencial para el desarrollo de las convicciones socialistas. Afianzan la confianza en la auto-organización y procesan normas de funcionamiento colectivo del futuro poder popular.

Los movimientos sostienen la lucha social inmediata y los partidos alimentan una actividad política más elaborada. Ambas instancias son necesarias para facilitar la acción directa y la participación electoral. Pero esta complementariedad es frecuentemente cuestionada, por los impulsores excluyentes de los movimientos que proclaman la obsolescencia de los partidos. Olvidan que estas organizaciones son irremplazables para actuar en el plano político.

Ningún proyecto emancipatorio puede desenvolverse exclusivamente en el terreno social, ni prescindir de las plataformas específicas, los enlaces entre reivindicaciones y las estrategias de poder que aportan las organizaciones partidarias. Estos agrupamientos contribuyen a superar las limitaciones de una rebelión espontánea.

La descalificación de los partidos es tan inadecuada como el vicio opuesto, que todavía exhiben algunas organizaciones de izquierda. Mantienen la vieja concepción vanguardista, actúan con férreo verticalismo y se gratifican con la auto-proclamación permanente. Este culto a la propia organización conduce a prácticas sectarias y a una búsqueda de hegemonía dentro de los movimientos sociales. Su acción se alimenta de la tradición caudillista y expresa los resabios de una cultura organizativa construida durante décadas de acción clandestina. En el marco de libertades públicas y competencia partidaria actual salta a la vista el carácter desubicado de estas conductas.

ACTITUDES

Postular que el socialismo puede ser iniciado en un período contemporáneo conduce a defender sin ocultamientos la identidad socialista. Favorecer, en cambio, una etapa neo-desarrollista induce al titubeo en la lucha contra el capitalismo. Para transitar por un camino en común con los industriales y los financistas hay que adoptar un comportamiento moderado, demostrar responsabilidad frente a los inversores y colocar todas las intenciones socialistas en un disimulado segundo plano.

El proyecto del socialismo del siglo XXI plantea también serios problemas a los teóricos que gustan estudiar los desequilibrios del capitalismo, sin preocuparse por avizorar algún camino hacia otra sociedad. El socialismo es un tema molesto para quiénes interpretan el mundo sin tratar de cambiarlo, ya que este objetivo sacude su contemplativa mirada del universo circundante.

La ausencia de proyectos socialistas en la izquierda es mucho más nociva que cualquier desacierto en los diagnósticos del capitalismo contemporáneo. Por eso resulta indispensable retomar el uso del término socialismo, sin prevenciones, ni sustituciones. Este concepto no es un vago sinónimo de "lo social". Alude concretamente a un sistema emancipado de la explotación y no a genéricos inconvenientes de cualquier agregación humana. No bastan las difusas referencias al "post-capitalismo" para esclarecer cómo debería construirse una sociedad futura. Hay que exponer programas alternativos.

Algunos analistas estiman que el socialismo no puede difundirse luego del colapso sufrido por la URSS. Consideran que la noción cayó en desuso y perdió prestigio. Pero el repentino resurgimiento del concepto en Latinoamérica debería inducirlos a reconsiderar la validez del réquiem que han pronunciado.

Muchos términos sufrieron un manoseo semejante al padecido por el socialismo. La democracia ha soportado por ejemplo distorsiones equivalentes. Fue el estandarte de los peores atropellos imperialistas durante el último siglo y esta deformación no indujo a su reemplazo por ninguna otra palabra. Nadie ha postulado otro término para definir la soberanía popular, ya que para denotar ciertos fenómenos hay nociones irreemplazables.

La vigencia del socialismo debe ser evaluada con cierta perspectiva histórica, tomando en cuenta que ha estado sometida a un vaivén semejante al sufrido por la democracia. La invención contemporánea de este último ideal se produjo en 1789, pero el principio de igualdad política solo conquistó autoridad en el curso de un largo período posterior. Al cabo de este tiempo fue aceptado como principio superador de jerarquías medievales, que en el pasado eran identificadas con la propia existencia humana.

Con la invención del socialismo ocurrirá algo parecido. El debut de 1917 quedará como un gran precedente de la gesta humana por alcanzar la igualdad social y liberar al individuo de las cadenas del mercado. El comienzo del siglo XXI permite empezar a plasmar ambos objetivos.

La actual coyuntura latinoamericana invita a renovar los debates estratégicos en la izquierda en controversias francas, abiertas y respetuosas. Es el momento de asumir logros y balancear las limitaciones con una actitud entusiasta y crítica. Ambas posturas contribuyen a forjar el optimismo razonado que exige la batalla por el socialismo.